



Había mucha neblina o humo o no sé qué

Cristina Rivera Garza

2016, Random House, Ciudad de México.

“Lo que es cosa tuya es lo que puedes imaginar”

En un año poblado de homenajes al escritor mexicano, aparece este libro, cuando menos, escapado del mismo mundo ficcional rulfiano, para dar cuenta, no de Rulfo sino de “mi Rulfo de mí”, una versión compleja, como toda lectura, que nos deja entrever al sujeto, al autor, al artista y al legado, mientras caminamos conducidos por la ruta, el monte, la serranía y el lenguaje de una ya muy sólida Rivera Garza. El libro se organiza en seis secciones: “Prometerlo todo”, en la que inicia ella misma su “recorrido” siguiendo a Juan, desde

Ciudad Juárez hasta Ocotlán, desde sus correrías como vendedor de guías turísticas o capataz de obreros hasta su desplazamiento de migrante; “El experimentalista”, que devela a un artista que atravesó registros diversos, los más conocidos, la fotografía, los cortometrajes, la literatura y a un lector de no-ficción; “*Angelus novus* sobre el Papaloapan”, la sección más extensa, dedicada a rastrear al trabajador, mientras presenta algunas de sus fotografías; “Mi pornografía. Mi cielo: Mi danza estelar”... la más arriesgada pero rigurosa revelación de otro Rul-

fo, uno casi *queer*...; “Luvinitas”, que relata el viaje por el pueblo de Oaxaca donde sucede el relato homónimo del autor mexicano; y “Lo que podemos hacer los unos por los otros”, narración del ascenso a la montaña Zempoaltépetl... como parte de un ritual mixe (apartado que luego se traduce a esa lengua).

Dos faros guían el proyecto: por una parte, las palabras de Piglia, buscar “la verdadera historia de la literatura”, que bien puede esconderse “en los reportes de trabajo de sus escritores”; por otra, seguir los pasos de Rulfo replicando tanto su ruta de migrante, de trabajador, como la de sus relatos. Por la primera luz, se ve cómo una escritura denotativa se ve calada no pocas veces por la otra, la literaria (por ejemplo él, como capataz, reclama pues sus operadores “no ven el cielo”, lo que a esos ojos claramente repercute en su trabajo). Por la segunda, se adelanta una idea recurrente: este escritor es “de los que caminan”, y no sólo porque lo haya hecho de manera literal, sino porque su inquietud artística también se desplazó por varias sendas. Además, dos ejercicios organizan la trama: copiar su obra “convirtiendo capítulos enteros de la novela en estrofas de versos libres”... hasta apropiarse del escritor, recrearlo (“mi Juan Rulfo”). Con otro guiño al ensayista argentino, esta escritura no sólo lee otra, la interpreta musicalmente, la hace suya, la copia y en esa repetición de palabra por palabra no sólo calca sus obsesiones o el mundo por ella retratado, sino su aliento, una manera de ir por la página como conversando, como siendo interrumpida, oral, poéti-

ca. Así, la lectura no es concebida como “una relación de consumo”, sino como una de instauración y de resonancias.

Si bien Rivera Garza ya nos tiene acostumbrados a un descarado (cuanto cautivante) movimiento intergenérico que alterna la crónica con el relato, la poesía con el ensayo académico, el documento con la ficción, etc., en este libro tal rasgo toca una punta de realización, una cúspide del gesto. Una lógica rectora que podría llamarse “escritura colindante”, en la que lo documental e histórico no permanece como la fuente o el trabajo previo a la escritura ficcional, sino que acompaña, interrumpe, contradice, interroga a ésta. Así, se ficcionaliza la cita o se documenta el salto inventivo; se confronta el dato con el cuento; al hacerlo, no sólo esas otras fronteras quedan disueltas o felizmente amenazadas, sino que la propia lectura, para acompañar a la escritura, debe rizomatizarse, abrirse en cualquier punto hacia nuevos sentidos evocados o sugeridos. Implica también negarse a traducir el material, dejando que éste, en todo caso, sea otro significante más corriendo por la página. Se trata, pues, de una escritura alimentada de biografías contrastadas, rastreo de cartas, informes, rutas, fotografías, evidencia y documentación como para-escrituras, no como fuentes-origen de... La ficción descubre, de algún modo, de qué está hecha, mientras se hace.

Y, qué Rulfo es éste... Pues uno que, tal vez, merezca ser mirado, no bajo el recurrente lamento de un escritor que dejó de escribir, a pesar de dos excelsos libros, sino bajo una renovada y desa-

fianje lupa que devela un artista que también escribió dos libros, entre otras muchas maneras de realizar su búsqueda vital. Un escritor “de los que caminan”, “notorio, pero rodeado de distancias”, un escritor que trabaja en varios oficios, va hacia el futuro mientras mira crecer las carreteras o los re-encauzadores, poniendo en vereda los ríos y a la misma naturaleza y, al mismo tiempo, un defensor de los mundos indígenas y sus lenguas. Quizás en homenaje a ello, el último capítulo está traducido al mixe... Un fotógrafo que rara vez retrata a personas de frente, que rara vez sale en sus fotos, que mira desde el reverso. Un atrevido escritor, pero tímido pretendiente, que se atrevió a mirar el deseo desde los tabúes (de su época y de ésta) y cuya voz circula entre la de sus muertos y la de sus interlocutores, como la misma Cristina Rivera Garza, cuya palabra, en varios momentos, se fusiona con la de los personajes de la novela. De hecho, en más de un momento se nos aparece como otra Susana, una más querendona de este Juan, aún en sus ambigüedades, contradicciones y proyecciones al futuro, o justo por eso.

Con este viaje escritural, se nos advierte, se leen dos vidas, la de Rulfo y la de la propia autora; lo que pone en tela de juicio la noción de autoría, reemplazándola por la de co-autoría, o la de lector entendido ahora como co-autor del universo que se retrata. Pero, además, instaura de nuevo la pregunta por el narrar y el tiempo, pues mientras más lejos en el pasado indaga al México de Rulfo, más parece estar aquél presente en el tiempo actual y aun en el futuro.

Desde un México al que le llegaba la modernidad y sus desembocaduras o carreteras, hasta uno al que le llegan “esos capitalistas llamados narcos” y la muerte, y la muerte, y la muerte, que no deja de hablar.

“¿Qué país es éste?” fue una de las dolorosas preguntas en el mundo rulfiano, y lo sigue siendo no sólo para su patria sino para todas las nuestras en donde la incomprensión y la ilegibilidad campean... ¿Qué escritor es éste?, podría añadirse ahora, notando en él no sólo un ser de su tiempo y de su sitio, sino del nuestro y del que está por venir. Lejos del mito, cerca del artista. Poder de la palabra. Poder del arte. Y del deseo, que no deja de preguntar si ya hay a quien ladrar... Y, ¿qué muerte es esta, Agripina, Cristina? Diremos tal vez, murmurando entre tanto susurro, ésta que se nos viene así tan hablando y tan actual en sus modos de sacarnos la foto, la risa y hasta la gana de irse a bailar entre las serranías, así sea leyendo, confabulando, o sea, viajando.

De algunas obras, el lector o la lectora se alejan hacia el mundo para abrazarlo; de otras, se desprende una extranjería inhabitable. De pocas, como de ésta, una sale agradeciendo a los mayores, a los contemporáneos, a los por-venir... compañeros todos de este largo caminar con paradas suficientes para mirar no sólo de dónde venimos sino a qué llegamos... a qué palabra, a qué vida, a qué muerte, buscando a quién entre la neblina, o el humo, o la escritura, o no sé qué...

Mónica Velásquez Guzmán